

## COLABORACIÓN

SANTIAGO MONTOBBIO

Poeta

LEGO a este mar, al mar de todos los veranos, con el deseo de descanso, pero también con el trabajo de revisión de las pruebas del libro que sale en otoño. Es extenso, son muchas páginas para revisar. Y, mediada la primera lectura de este texto en busca de correcciones que señalar, y para aliviarme en esta tarea, de su fatiga y de su peso, pienso en la lectura. Vengo acompañado de muchos libros –también esto es vida y es verano-. Escojo un libro que hace mucho que tengo a la vista y en el pensamiento para leer. Es ‘Hacia un saber sobre el alma, de María Zambrano’. Puede sorprender que escoja una lectura así, como descanso, digamos, para que haga de corte en una labor que es más rutinaria como es la revisión de un texto. Pero no puedo acertar más. Hacia tiempo que no leía a María Zambrano. Aquí están sus primeros artículos, textos publicados en revistas en España y América en los años treinta y cuarenta. Creo que el primero de ellos, que da título al libro, fue el primero que publicó en la Revista de Occidente, en 1933. Aquí está María Zambrano en su principio, y se puede observar en estos textos el deslumbramiento que con justicia causó. Por la novedad y la originalidad de su visión y de su voz, por su brillantez y su penetración. Aquí está la aportación que supone, en esa originalidad de visión y de voz, tan personal. No puedo entrar en los matices y detalles que destacaría de estos textos, porque serían muchos. Me agrada encontrar esta voz en su principio, sentir y comprender lo que fue –lo que es. He leído en textos de Ramón Gaya y de José Ángel Valente, que la quisieron bien, comentarios crepusculares de su vida y su labor, es decir, del carácter que adquirió ésta al final y ellos comentaban de manera crítica, y por la razón de que fuera así, de que viviera y compusiera ya en declive les desagradaba y les dolía. Aquí está en su principio y su fulgor, y podemos comprender lo que éste es, lo que éste fue al aparecer. Y me agrada muchísimo encontrarme en ese momento su visión y su voz y apreciarlas y disfrutarlas.

Me ha ido bien leer este libro. Me ha dado mucho –y los libros han de dar. Quizá por esto me animo a leer otro libro de crítica literaria, ‘Lenguaje y poesía’ de Jorge Guillén. Está subrayado y leído su célebre último capítulo, dedicado a su generación. Pero creo (y ya sé que es extraño, devoto como se sabe que soy de su poesía) que el libro como tal no lo he leído. Me propongo leerlo por orden y de principio a fin y así lo hago. Lo disfruto muchísimo. Hay una ponderación y una riqueza en los juicios, una riqueza, una profundidad, que llaman la atención. Condicionan con su poesía. El poeta que escribe su poesía escribe sobre literatura y poesía de otros así, con esta gracia y este rigor. Este don. Alto don. Así que es una lectura que también me esperaba y disfruto muchísimo. Al reemprender la tarea de las correcciones, veo que en un poema está una dedicatoria de Guillén que me gusta: A mi padre, fuego del que soy chispa. Puedo comprobar en qué libro está, para ponerla exactamente tal como lo hace él, porque he traído sus tomos de poesía en la edición de Carlos Barral, pues es un propósito anhelado y viejo el leerlo todo –todo ‘Aire Nuestro’- un verano, como hice ya uno hace años. Quizá pueda hacerlo éste. Por si fuera así los he traído. Compruebo la disposición de esta dedicatoria, que está en el IV tomo, ‘Y otros poemas’, y de modo completo dice así: “EN MI MEMORIA/ AMIPADRE/ FUEGO/ DEL QUE SOY CHISPA”. Me agrada relacionarla con la dedicatoria el segundo volumen, ‘Clamor’, también preciosa: “A MIS HIJOS, / A LA POSIBLE ESPERANZA”. Me he fijado también en la de-



## Los veranos son para los libros

María Zambrano, Jorge Guillén, Azorín, Henry James, Joseph Conrad.

dicatoria de ‘Homenaje’: “A TODAS LAS MUSAS”. Quiero leer a Guillén completo para tener el disfrute de sentir todo lo que le dijeron las musas. Todas, todas las musas. De joven me fijé en una apreciación que consideré muy acertada y valiosa de Gerardo Diego, y que está en el prólogo de una antología de sus poemas que prepara y prologa él mismo: “Musas hay, que se sepa, nueve. Yo conozco y trato a todas ellas y alguna más, una a una. Siento mucho que esta diversidad de mi poesía desconcierte y desmoralice a algunos poetas, críticos y lectores, que me piden cuenta de mi versatilidad. A lo que yo siempre contesto que soy yo el que tengo que acusarles de su monotonía o monomusía. Que se defiendan ellos, si es que pueden”. Sí, me encanta esta apreciación, este juicio de Gerardo Diego. Lo recordé cuando preparaba mi conferencia sobre ‘Rubén Darío y la Generación del 27’, ante unas palabras de Darío, y quise relacionarlo con ellas.

Avanzo en las pruebas, he de leerlas con atención dos veces –así quiero hacerlo-. Dejé aquí el verano pasado un volumen de Aguilar con dos novelas de Henry James, ‘Washington Square’ y ‘Eugene Pickering’. Tengo también ‘Azar’ de Joseph Conrad, que quedó también aquí algún verano y esta vez he traído de Barcelona –los libros van y vienen-. Quedó a medio leer el libro ‘Los valores literarios’ de Azorín, y reemprendo su lectura. Creo que es otra voz y otra visión, que sumar en el sentir a las de María Zambrano y Jorge Guillén. Pero interrumpo su lectura. Leo las novelas de Henry James, primero ‘Eugene Pickering’. Me llama la atención y agrada muchísimo que sea al volver de Torcello y en Venecia cuando este personaje (es al final de la novela) comprenda su destino, y el sentido de su vida. Venecia ayuda,

y en Torcello está su raíz. Lo sé bien, y lo he dicho. Y me agrada este pasaje final de la novela. Leo luego ‘Washington Square’, y quiero entonces terminar el libro de Azorín.

Sí, Azorín es otra voz, otra voz fundamental, y en la visión de las cosas que con ella nos canta y nos susurra nos acompaña. Como pueden ha-

cer pocas y no haga así, como la suya, quizá ninguna otra. Tampoco puedo empezar a referir detalles de lo que nos dice en este libro Azorín, porque no acabaría. Pienso en el final. En los artículos sobre el patriotismo y cómo los rechaza un periódico de La Habana, y el tratado sobre el patriotismo que son. El texto ‘Victor Hugo en Vasconia’ me hace recordar que lo vi en la casa de Pasajes en que vivió. Nos lo amplía en sus notas finales. Y en ellas hay también una sobre ‘La patria de Don Quijote’, que encuentro extraordinariamente simpática. Podría referirla, decir lo que dice Azorín, pero voy a dejar que sea él quien nos lo diga, y que con estas palabras aparezca su voz, su voz que se encuentra también en este libro. Dice así esta nota epilógica: “LA PATRIA DE DON QUIJOTE. El Toboso, ¿ha debido a Cervantes el no ser alguna vez saqueado y devastado? Charles Nodier habla de esto en el prólogo a sus novelas. (Utilizamos la edición de Charpentier, 1855): Escribe Nodier: «En una de esas guerras imperiales que tenían por objeto dar a España un soberano a la manera de nuestro dueño, los franceses, hostigados por las bandas populares, se vengaban, siguiendo la usanza inmemorial de los héroes, recorriendo el país a la luz del incendio. He aquí un pueblecillo más que la tea va a consumir. Se le nombra: es el Toboso. Una explosión de carcajadas simpáticas estalla en las filas. Las armas caen de las manos de los vencedores, y los dichosos compatriotas de Dulcinea escapan a la matanza, bajo la protección del genio de Cervantes». No lo hubiera podido imaginar el gran Miguel. Si es cierta la leyenda del atropello cometido por los toboseños en la persona de Miguel, alcahalero, otra leyenda –o historia- nos dice que Cervantes, desde la lontananza de lo pretérito, libró de una sangrienta cala-

midad al Toboso. Compensación...”.

Este libro está publicado en la editorial Losada, en Buenos Aires. Al poco de llegar a este mar me encuentro con la noticia de la muerte de Basilio Losada. Es quizá por ello que recuerdo con afecto cómo en las jornadas por los 50 años de El Bardo contó entre otras muchas cosas cómo en España no se podía leer nada, y que por ello escribió a esta editorial de Buenos Aires, con su apellido –pero sin parentesco alguno-, pidiéndoles libros. Sin mucha esperanza. Escribir como en una botella de naufrago. Así esa carta. Pero creo recordar que contaba que pasado un buen tiempo recibió una maleta de libros.

Quiero leer la poesía de Wallace Stevens, o ‘Azar’ de Joseph Conrad, esta novela cuya lectura está pendiente desde hace varios veranos. Los veranos son para los libros. He traído, para releer, por si puedo hacerlo, dos obras de dos escritores italianos, por lo que recuerdo me gustaron: ‘Il romanzo di Ferrara’ de Giorgio Bassani y las ‘Novelle’ de Verga. Ferrara y Sicilia. Italia. Me encantaría leer estas dos magnas obras. Y la magna obra que es la poesía de Guillén, lo que le trajeron al alma y a los dedos que la escribieron todas las musas. De momento, cojo ‘Azar’ de Joseph Conrad. Leo su prólogo. Me fijo en este párrafo, que me encanta: “La resolución del capitán Anthony le llevó a recorrer un largo y tortuoso camino, y ahí hay que buscar la razón de que sea éste un libro largo. Que dicho camino fuese fruto de mi propia elección es algo que no pienso desmentir. Ciertamente ha subrayado que, caso de haber optado por otro método de composición, y caso de no haberme tomado tantas molestias, el relato podría haberse referido en doscientas páginas más o menos. He de confesar que no logro percibir con exactitud en qué se fundamenta dicha crítica, ni alcanzo tampoco a comprender qué provecho pueda obtenerse de tal comentario. Sin duda, seleccionando un determinado método y tomándose infinitas molestias, el relato entero podría haberse escrito en un papel de liar. A ese respecto, la historia misma de la humanidad podría haberse escrito de igual manera sólo con aproximarse a ella con el debido distanciamiento. La historia de los hombres en este planeta, desde el comienzo de los tiempos, podría resumirse en una sola frase de infinita mordacidad: nacieron, sufrieron, murieron... ¡Y sigue siendo un gran relato! Sin embargo, en lo que atañe a esas historias por demás infinitamente detalladas, cuyos héroes son los hombres y las mujeres de a pie, en lo que atañe a esas historias que me ha tocado narrar en esta vida, no soy capaz de semejante distanciamiento”. Sí, es un fantástico párrafo. Nos dice a mitad de él Conrad, como hemos visto: “He de confesar que no logro percibir con exactitud en qué se fundamenta dicha crítica, ni alcanzo tampoco a comprender qué provecho pueda obtenerse de tal comentario”. Dice muy bien –con modestia pero también con agudeza y honestidad- el estupor que producen muchas veces, estupor por su inutilidad y el absurdo que son en sí mismos, por su falta de razón de ser, los comentarios y opiniones de otros sobre cómo hubiera debido escribirse algo que ellos no han escrito, y, como no lo han escrito ellos, está falto de sentido que nada digan. Sientes cómo crecen las historias, o los ritmos, la música que se ramifica y va componiendo poemas o prosas. Novelas. Tú sientes ese rumor, y lo traduces, procuras ser fiel a él. Qué tendrá que decir quien no lo ha sentido –sobre la manera en que se ha dado y tú lo has sentido, quiero decir. A todas las musas dedicar un magnífico tomo de poemas, a todas las musas dirigirse, de todas las musas esperar. Esperar y escribir. Sentir el mundo